Horizontes borrascosos

Walter Laqueur, director del Instituto de Estudios Estratégicos de Washington (LA VANGUARDIA, 20/01/05)

La toma de posesión del presidente norteamericano tiene hoy lugar a las puertas del Capitolio, tras una parada festiva de unos tres kilómetros de longitud. Habrá cientos de miles de personas y también numerosos manifestantes; algunos por estar en contra de la guerra, otros porque la policía ha prohibido llevar crucifijos en la cabalgata. El presidente reelegido pronunciará su discurso de toma de posesión. El que pronunció George Washington duró dos minutos, el de Lincoln en su reelección en 1864 -magnífico- cinco minutos... En 1841, el presidente Harrison habló por espacio de dos horas bajo una lluvia helada. No llevaba abrigo, contrajo una neumonía y murió al cabo de un mes. La audiencia no tiene hoy día tanta paciencia; el pronóstico del tiempo indica lluvia y posibles chubascos de nieve. En cualquier caso, se cree que el discurso del presidente Bush no excederá de un cuarto de hora o veinte minutos.

Al atardecer se sucederán las recepciones, bailes y otras diversiones, pero, al día siguiente, el panorama en Washington adquirirá los tintes propios de una situación extremadamente seria. Los presidentes que son reelegidos un segundo mandato suelen centrar su atención en la política exterior al no verse en condiciones de impulsar o dar entero cumplimiento a su programa de política interior. Bush, por su parte, desea dedicarse ahora a las cuestiones internas (como hizo antes del 11-S), en especial a la reforma relativa a la privatización de la Seguridad Social. Dada la circunstancia de que los norteamericanos viven en la actualidad quince años más que cuando se introdujo el sistema público de pensiones (en 1935), la carga financiera se está haciendo demasiado pesada. Es discutible que la privatización sea la respuesta al problema, pero el Partido Demócrata tampoco posee una respuesta. Afirman que no hay crisis, omitiendo el hecho de que no sólo se hallan en juego las pensiones, sino también los seguros médicos públicos (Medicare y Medicaid), cuestión esta última que pronto representará sumas aún mayores que las de las pensiones. Y, además, de modo creciente.

No está claro que el presidente Bush vaya a gozar de una mayoría favorable a estas reformas. Ya no puede ser reelegido en nuevas ocasiones, de modo que podrá ocuparse de los aspectos relativos a su lugar y papel en la historia; mostrará, probablemente, puntos de vista más moderados tanto en la política interior como en la exterior.

No obstante, numerosos congresistas y senadores optarán a la reelección dentro de dos años. Ciertamente intentarán dar cumplimiento a sus promesas electorales, pero téngase en cuenta que su programa y su calendario no son exactamente los del presidente George W. Bush.

La otra cuestión relevante en política interior es el nombramiento de un juez del Tribunal Supremo en sustitución del juez Rehnquist, presidente de dicho organismo, quien

tomará juramento al presidente. Rehnquist sufre una grave dolencia y dejará el cargo en escasos días o semanas. Los puntos de vista de un juez del Tribunal Supremo revisten una gran importancia en la vida política norteamericana, circunstancia no siempre comprendida por los extranjeros, al poseer un notable ascendiente en cuestiones sociales y políticas esenciales, tales como el aborto y muchas otras.

El presidente ha de proceder a efectuar recortes en el presupuesto a fin de equilibrarlo. Quiere simplificar el impuesto sobre la renta, cuya complejidad es actualmente excesiva. Quiere reformar el actual sistema de indemnizaciones, fuera de control. En estos momentos se pagan sumas por valor de 230.000 millones de dólares destinadas a víctimas de accidentes o de mala práctica sanitaria. No obstante, gran parte de este dinero va a parar a los bolsillos de los abogados y, dado que la mayoría son próximos al Partido Demócrata, no será fácil aplicar una reforma en este terreno.

De todos modos, ¿no forzarán a Bush las cuestiones de política exterior a descuidar un tanto la política interna e invertir la mayoría de sus desvelos en Oriente Medio, como sucedió en el curso de su primer mandato? Parece altamente probable. ¿Qué pasará tras las elecciones en Iraq? Los ataques no cejarán ni se detendrán; numerosos consejeros advierten a Bush de que no puede limitarse a irse de aquel país... y se acabó. Aunque no es -en mi opinión- un consejo demasiado positivo ni satisfactorio, probablemente lo seguirá.

Bush intenta mejorar las relaciones con Europa y, como mínimo, no dejar que se deterioren las relaciones con Rusia. Pero no es cosa fácil. Putin está convencido de que Estados Unidos y Europa (con la posible excepción de Alemania) son fuerzas hostiles, de modo que tiende a adoptar una actitud de represalia, poniendo palos en las ruedas allí donde puede. Europa, por su parte, está convencida de que las relaciones entre Israel y los palestinos constituyen el problema que comporta el mayor peligro para el planeta y que, en caso de imponerse a las partes un acuerdo de paz, desaparecería la mayoría de los restantes problemas mundiales. A Washington también le encantaría presenciar la conclusión de un acuerdo de paz, y probablemente incrementará la presión para que así sea. Sin embargo, y dando por sentado que pudiera imponerse un acuerdo de esta naturaleza, ¿estaría dispuesta Europa a enviar decenas de miles de soldados para supervisar su cumplimiento?

Washington considera que el mayor peligro en este momento reside en el programa nuclear iraní, susceptible de inducir a otros países a seguir la senda de la nuclearización. Sin embargo, Europa ha tirado prácticamente la toalla al respecto; las negociaciones con Teherán son una ficción y el continente admite que habrá de convivir con un Irán nuclear, y con una docena de países nuclearizados más. Mientras Washington siga metido en un lío en Iraq, la puesta en práctica de la idea de un ataque militar contra las instalaciones nucleares iraníes resulta altamente improbable; y, en cualquier caso, ahí está el coro vocinglero de quienes afirman que este problema debería solucionarse de manera pacífica. No obstante, dado que no existe solución pacífica, Irán seguirá con sus previsiones encaminadas a hacerse con el arma nuclear, y los demás también.

Los republicanos en la Casa Blanca y el Capitolio encaran un periodo erizado de

dificultades en los próximos cuatro años. Muy probablemente fracasarán en numerosas cuestiones relativas a sus políticas, tanto en el ámbito interior como exterior. Lamentablemente, los demócratas no parecen estar en mucha mejor forma; se hallan divididos y muchos de ellos creen que los peligros que acechan al país desaparecerán si se hace caso omiso de ellos.

Hace 44 años, el presidente Kennedy, en su discurso de toma de posesión, dijo: "Pagaremos el precio que sea necesario, asumiremos las responsabilidades necesarias y afrontaremos las dificultades que se nos presenten para garantizar la supervivencia y el triunfo de la libertad". Pero, por desgracia, no parece probable que ni los demócratas ni los republicanos vayan a prestar atención a llamamientos de esta naturaleza.